

—Vd. ha servido en varios cuerpos veteranos según sé,— le dijo el Capitán.

—Es cierto, mi Capitán—contestó aquél.

—Sargento primero en el último en que sirvió,—prosiguió el Ayudante.

—Es cierto, mi Capitán,—volvió á contestar H.

—Debe vd. haber montado muchas guardias de plaza, y leídole á la tropa las leyes penales.

—Sí, señor.

—Así, pues, conoce vd. esas leyes.

—Sí, señor.

—Muy bien. ¡Media vuelta y á su puesto!—ordenó entonces el Capitán.

El sargento giró correctamente sobre sus talones, y ocupó de nuevo su puesto.

Entonces, poniéndose á su lado, á la cabeza de la compañía, que había presenciado aquello en el más absoluto silencio, y montando sin afectación una pistola que sacó del carcaj:

—¡Tercien, arm!—gritó con voz potente.—¡Flanco derecho! ¡hileras á la izquierda! ¡March!

La compañía emprendió la marcha siguiendo el movimiento ordenado, haciendo luego rumbo á Alvarado.

* * *

A la vez que se organizaba la columna expedicionaria en Alvarado, y se reforzaban las guarniciones de todos los pueblos, se habían comprado en Minatitlán por medio del Dr. Smith, Cónsul americano en aquel puerto, dos pequeñas piezas de artillería en un buque mercante de su nación; y trasladadas al Cuartel General, muy pronto quedaron montadas para el servicio de campaña, bajo la dirección del Capitán de artillería Aldana, del Primer Ayudante de la misma arma, Redondo, y del sargento Aranda, disperso en la fatal jornada

del “Cerro del Borrego” que pasó á prestar sus servicios á Alvarado. Con las referidas piezas llegaron también algunos quintales de pólvora á granel y plomo en lingotes, que pronto fueron convertidos en parque de artillería é infantería por el inteligente Capitán D. Francisco Muñoz Panes, encargado de este ramo y del de Maestranza.

Quedaba por resolver lo más interesante y difícil: la provisión de armamento y de dinero para comprarlo.

Esto quedó á cargo del comerciante español Dozal, de Veracruz, y de nuestro agente en Medellín, el C. Pablo Campos, quienes resolvieron el problema de una manera segura y satisfactoria.

En Veracruz había tal escasez de ganado para el abasto público, que el poco que podía introducirse alcanzaba un precio fabuloso; pero era muy difícil hacer esas introducciones por la vigilancia que ejercían las guerrillas de Medellín y de Boca del Río. En el caso de que se trataba, caso enteramente excepcional, había necesidad de obrar con mucho sigilo, tino y prudencia suma para no faltar á las leyes vigentes en este particular; y en la junta que los comisionados, así de Dozal y Campos, como de los Jefes de la línea, celebraron, quedó aprobado y resuelto lo siguiente:

1º Que hombres de confianza, bajo la dirección de un Jefe inteligente y discreto, contratarían con los ganaderos de las haciendas inmediatas, hasta trescientas reses que entregarían á puerta de corral á los comisionados, para ser pagadas diez días después, quedando responsable el mismo encargado de la operación.

2º Que dichas reses serían conducidas á Veracruz de noche, por el rumbo de Boca del Río, hasta los corrales del “Matadero,” en cuyo punto debía recibirlas Dozal.

3º Que á efecto de dejar libre el tránsito, se daría orden á la guerrilla de García, residente en Boca del Río, para que pasara al camino de Veracruz, á fin de que desde allí exten-

diera su vigilancia al de Córdoba, unida á las de Medellín, al mando de Luis Domínguez.

4º Que Dozal compraría con el producto de las reses hasta 400 barricas de harina que haría llegar á Alvarado quince días después; conteniendo dentro, rifles desarmados, pistolas, parque elaborado y cápsules, tanto como fuera posible, pagando además el rescate del guerrillero José M^a Hernández, antiguo insurgente, de gran valor, popularidad y conocimientos prácticos del terreno, y á cuya pericia debía quedar encargada la conducción del armamento.

Veinticuatro horas después todo estaba listo: el ganado recibido, los que debían conducirlo ocupando sus puestos, las guerrillas retiradas á sitio distante para dejar libre el camino que aquel debía atravesar y recorrer. Dos días más tarde se tuvo noticia de la felicidad con que marchaba todo, y comunicaciones verbales de Dozal y de Campos hicieron saber que el armamento y municiones llegarían al Cuartel General con toda seguridad: el regocijo fué grande porque se tocaba la realidad de los deseos que todos sentían. La reventa de las harinas al comercio de la costa, con el que ya estaban contratadas, proporcionaría, además, algunos recursos pecuniarios de consideración, después de cubiertos el valor y gastos del ganado.

Un acontecimiento inaudito, infame é incomprensible en un principio, echó por tierra todo este vasto proyecto, desvaneciendo dolorosamente nuestras esperanzas, y poniendo en gran peligro la vida de los que en Veracruz estaban mezclados en el negocio.

Lo que aconteció fué una traición, más infame aún que la que habían llevado á cabo los que fueron al mercado europeo á poner en subasta pública nuestra patria querida; y los acontecimientos que de ella se derivaron, de fatales consecuencias para la defensa de la costa de Sotavento.

Debo advertir que si me son tan conocidos todos los detalles que he referido y todo lo relativo á este escandaloso asunto, es

porque sucesos anteriores, cuyas consecuencias se relacionaron más tarde con los sucesos que funestamente complicaron la situación, hicieron que cesara en las funciones de Mayor de órdenes que desempeñaba, para encargarme de la Fiscalía de causas. La traición de un correo que conducía pliegos de importancia para el General Llave, y los cuales fué á entregar al enemigo en Veracruz, y la llegada de una partida de mulas quitadas á los franceses á tiro de fusil de los baluartes de esa ciudad, determinaron mi nuevo modo de ser en el Cuartel General.

V

La ambición, la codicia, la felonía, el dolo y la venganza en fatal combinación, fueron los móviles para lo comisión de hechos vergonzosos y punibles, que tornaron en triste y difícil la situación á que quedaron reducidos en Alvarado los defensores de la Independencia Nacional, según he referido ya al principio de este "Recuerdo" que aún hoy me contrista á la vez que me indigna.

En la madrugada del quinto día, cuando todos los que estaban en el secreto creían que el ganado estaría ya en Veracruz, uno de los conductores llegó á todo escape, anunciando que la partida había sido capturada y sorprendida por una de nuestras guerrillas y reconducida al Cuartel General. Un rayo que hubiera estallado sobre nuestra cabeza, ó el abismo abriéndose repentinamente á nuestros pies, no nos hubiera causado mayor espanto en aquellos momentos, y la palabra *traición* y la idea de quién fuera el traidor, comenzó á introducirse entre nosotros. Todos estábamos interesados en el buen éxito del negocio; y de fracasar, sólo dos podían recibir beneficio. Sobre estos hombres recayeron nuestras sospechas.

El ganado y la guerrilla que lo había aprendido no se hicieron esperar mucho tiempo, y entónces pudimos ver que era la que mandaba García; la misma á la cual se le habían comunicado órdenes para trasladarse al camino de Córdoba, y

BIBLIOTECA DEL CONGRESO NACIONAL

que aparecía sobre el de Medellín á Veracruz. El aire de triunfo con que entraron á Alvarado, la insolencia que se retrataba en la vulgar y antipática fisonomía de uno de los conductores, los diversos y amenazadores comentarios que en los grupos de gentes que se habían formado se hacían, todo predecía y atestiguaba el descontento del pueblo, que murmuraba y nos veía de reojo luego que cuchicheaban con guardianes y guerrilleros.

Preciso era no darse por entendido á fin de que la tropa, que permanecía impassible y ajena á todo en sus cuarteles, no llegara á sospechar nada de lo que pasaba, ni se pusiera en contacto con el pueblo; y el mismo Larragoiti, que aparentaba la mayor calma y tranquilidad, dictó las órdenes conducentes al depósito del ganado, prisión de los que aparecían como contraventores á la ley, é instrucción de la causa correspondiente *en averiguación de hechos*, cual si cumpliera lealmente con sus deberes por ignorar de lo que se trataba.

Todos estábamos preocupados y profundamente conmovidos, pues la traición cometida podía costar la vida á nuestros amigos de Veracruz y de Medellín.

La causa se inició, y en pocos días estuvo ya bastante adelantada para comprender lo que había pasado, y para sentirse lastimado de servir á las órdenes de hombres sin honor, sin fe y sin patriotismo; pero se podía comprender la realidad á través de declaraciones ambiguas, encubiertas y mal intencionadas, para hacer recaer la culpa y la enormidad de una falta imaginaria sobre los que eran del todo inocentes: sobre los vendedores del ganado.

Lo diré en breves palabras.

El mismo Jefe que al principio no quiso admitir el proyecto; el mismo que después pareció que lo acogía con entusiasmo; el mismo que presidió las reuniones secretas, que nos alentaba y predecía una serie de triunfos para nuestras tropas; el mismo, en fin, que para facilitar el paso del ganado había dado órdenes de carácter oficial al guerrillero García,

ese mismo nos traicionó, dando aviso secreto por medio de uno de los conductores, hombre de malos antecedentes y pésima conducta, según se averiguó después, al mencionado guerrillero, "*de que tenía noticia del paso de una partida de reses con dirección á Veracruz.....*"

Ya se comprenderá lo que sucedió conforme al tenor de este aviso secreto; resultado de una infamia para cometer un robo, premeditado quizás durante las discusiones que se promovían en las juntas en que se trataba de asegurar el buen éxito del asunto.

En efecto, aprehendido el ganado, y declarado *buena presa*, conforme á las leyes de la materia, los que aparecieran culpables serían castigados con todo el rigor de las leyes, y el importe de la venta, en pública subasta, distribuída entre los aprehensores, el fisco y el Jefe de la jurisdicción militar. Es decir, que en este caso, y dados los antecedentes, se trataba de sacrificar á unos desgraciados cuya única culpa era haberse prestado á servir lealmente los intereses de la patria, en beneficio de intereses bastardos, de origen puramente personal.

Terminado el expediente, bastante voluminoso, y en el cual figuraban *cartas y notas* particulares, proporcionadas por algunos de los declarantes, que no dejaban de comprometer al referido Jefe, el Cuartel General lo pidió de oficio al fiscal para *remitirlo á la superioridad*, y como aquél no podía rehusar la entrega porque se trataba de *una consulta* de asesor, y allí no existía ninguno que asumiera tal carácter, lo entregó diligenciado con todas las formalidades debidas, exigiendo el recibo correspondiente. Este recibo lo agregó á una copia certificada por dos oficiales de graduación, cuya copia había sacado trabajando durante las noches, porque preveía lo que iba á suceder.

El expediente, acompañado de su oficio de remisión, fué cerrado, lacrado y sellado, y para mayor seguridad se nombró al Capitán Aldana para que personalmente lo condujera

á Jalapa, residencia de los Poderes civil y militar del Estado.

El referido Capitán partió, y dos días después circuló la noticia, vaga primero, y confirmada en seguida, de que, conductor y pliego habían extraviado el camino, dirigiéndose á Veracruz..... Agregábase que á su salida de Alvarado, Aldana iba ya comprometido con el Jefe principal para no llegar á Jalapa, y no faltó quien asegurara que el expediente había quedado en poder del referido Jefe.

La traición estaba consumada, y sólo faltaba proceder al despojo.

VI

Los alvaradeños, en lo general, presentan un tipo especial, característico: un tipo *propio de ellos*, permítaseme la figura: violentos y bruscos, como el elemento á que viven consagrados desde la niñez, parece que se han asimilado con él, y como él tienen un fondo que es preciso sondear para comprender sus bellezas. Francos, altivos, de ruidoso hablar, enérgicos para expresarse, rápidos en sus actos y movimientos, vehementes en sus pasiones; como el mar, fácilmente se enfurecen, y fácilmente también se apaciguan; y así como aquél en sus borrascas es terrible, y en calma un niño sobre frágil barquilla lo domina, así éstos en sus furores llegan hasta la ferocidad, y en su vida normal son serviciales, dadivosos y leales. El alvaradeño es esencialmente susceptible y parco en prodigar su amistad; pero el que una vez tiende á alguno la mano de amigo, este alguien puede decir que cuenta con un amigo incondicional á vida y á muerte.

Es localista hasta la exageración, todos forman una y estrechamente unida familia; y si entre ellos se atraviesa una rencilla cualquiera, esta desaparece desde el momento que uno de los adversarios se ve atacado en su honor, en su persona ó en su familia por un extraño. La ofensa que se haga á un hijo de Alvarado, la siente y recibe por suya la pobla-

ción entera. Dados estos antecedentes, fácilmente se podrá juzgar la impresión que les causarían los acontecimientos enarrollados. Alvaradeños eran los propietarios del ganado de que se les quería despojar; alvaradeños los individuos presos; alvaradeño el correo que precisamente debía ser fusilado como traidor; y alvaradeño, por último, el bravo guerrillero, que habiendo quitado al enemigo una buena partida de mulas, se hallaba encarcelado injustamente por orden del segundo en Jefe, que saciaba en él una ruin venganza por cuestiones personales.

La tormenta, pues, comenzaba á rugir sorda y amenazadora en el corazón de todos aquellos hombres que se sentían heridos en su exagerado localismo, y que, sin tener conocimiento exacto de los hechos, escandalosos, es cierto, que habían tenido lugar, y sin tener en cuenta que todo movimiento hostil y á mano armada contra las autoridades legales era punible, sobre todo en las circunstancias por que el país atravesaba, sólo veían que se aprisionaba, que se juzgaba militarmente y que se debía fusilar, quizás, á uno ó á varios hijos del pueblo.

Miradas hoscas, murmuraciones ofensivas y calumniosas para toda la oficialidad, amenazas encubiertas, fueron los primeros síntomas de la tempestad que se venía anunciando aun á la vista de los más indiferentes ó menos avisados; y se comprenderá perfectamente que sólo faltaba un pretexto cualquiera para que estallara.

El pretexto no se hizo esperar.

La orden de ponerse en venta, al mejor postor, el ganado aprehendido, determinó la situación é hizo estallar la mina; y como si la tal orden no fuera bastante para aumentar el peligro que todos teníamos encima, como si ella no fuera suficiente para exacerbar la cólera de un enemigo que daba señales de no retroceder ante ningún obstáculo, una disposición de la Comandancia Principal, tan torpe como absurda, tan inconveniente como falta de oportunidad, vino á ponernos en

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE VERACRUZ

otro peligro mayor: el de poder ser sorprendidos y destruidos por el enemigo común, sin siquiera podernos defender.

VII

En las primeras horas de la tarde del día 16 de Agosto, pasó revista de inspección en la Plaza de Armas el resto de la caballería de San Juan Evangelista, que había llegado la víspera: se le pertrechó y municionó convenientemente, y poco después salió para el Llano á reunirse con la fuerza de la misma arma que estaba como de observación en la hacienda de Mondinga. Aquella gente no demostraba ni entusiasmo ni ardor patrio: su aspecto era el de la más completa indiferencia.

Luego que hubo partido, el nuevo Mayor de Ordenes, Comandante D. Eusebio Allier, dispuso que *se recogiera el parque á toda la guarnición*, según la orden que había recibido, á pretexto de que habiendo escasez de él *debía conservarse*; que sólo la guardia del Camposanto estuviera municionada con dos cartuchos por plaza, inclusive el con que tenía cargadas sus armas, y que se suprimieran los puestos de guardia que hasta el día anterior habían cubierto la Casa Mata y algún otro punto que se había creído de importancia. Es de advertir que la guardia del Camposanto estaba confiada al batallón de Alvarado. Recogido y encajonado el parque se depositó todo en los bajos de la torre del Relox, lugar de antemano escogido con tal objeto, entregándose la llave del improvisado almacén al Guarda-parque, Teniente D. José M. Valdés.

La oficialidad toda, aunque sin hacer demostración de ninguna especie, protestó ante el Mayor de Ordenes contra estas medidas altamente maliciosas y comprometedoras: y algunos jefes y oficiales resolvieron presentarse al siguiente día al Comandante principal para pedir su pase y reingresar al Ejército de Oriente.

El disgusto era general; se presentía algo inesperado; y los

mismos jefes y oficiales, en vista del poco tino y circunspección de los superiores, ejercieron un turno de vigilancia extraordinario, sin haber encontrado motivo alguno de desconfianza hasta las dos de la mañana del 17, á cuya hora se retiraron los últimos, que recorrieron todos los puntos militares, inclusive el fortín de Santa Teresa.

Los revoltosos procedían con toda cautela para asegurar el éxito del atentado que meditaban.

Entre cuatro y cinco de la mañana del mismo día 17, toda la caballería que debía estar en el Llano reapareció en las calles de Alvarado, uniéndose á ella la guardia del Camposanto, algunos grupos del pueblo y gran parte de la Guardia Nacional; y con tal sigilo y prudencia procedieron todos, que á las seis estaba consumado el crimen de lesa-nación, pues aunque no proclamaban plan político alguno, desconocieron á los jefes, y los aprisionaron, poniendo en libertad á los presos que se encontraban en la cárcel pública, así políticos como del orden común, dando creces á un verdadero motín; ¹ y para mayor vergüenza de ese pueblo que antes se jactaba, y con justicia, de ser *patriota*, al frente de aquellos trastornadores del orden público que comprometían el honor de su ciudad natal, aparecieron como jefes absolutos el correo traidor, el conductor denunciante, el guerrillero encausado, y un perulario de pésimos antecedentes, vergüenza de una familia pobre pero honrada.

Larragoiti, Morales, Enríquez y Güido, fueron aprehendidos en su propio alojamiento: otros oficiales lo fueron en las calles al salir para informarse de lo que ocurría, y al segundo en Jefe tras la cama donde dormía, y donde se había refugiado hasta poder ponerse en salvo: en cuanto á mí fuí reducido á prisión por tres de á caballo en los corredores de la

¹ Entre los presos del orden común se hallaba un tal Camilo Castro á quien se juzgaba por sospechas de robo. Al ser notificado por los revoltosos que quedaba en libertad, los apostrofó duramente, y permaneció en la prisión á disposición de sus jueces legales.

